

Marieta CANTOS CASENAVE (ed.), *Diccionario razonado, manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España, aumentado con más de cincuenta voces y una receta eficacísima para matar insectos filosóficos. Obra útil y necesaria en nuestros días (Cádiz, 1811)*, Sevilla, Renacimiento, 2021, 203 págs.

Bartolomé José GALLARDO, *Diccionario crítico-burlesco del que se titula Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España*, ed. de Alberto Romero Ferrer y Daniel Muñoz Sempere, Gijón, Ediciones Trea, 2022, 280 págs.

En el hervidero político-literario que fraguó el Cádiz de las Cortes, coyuntura tan peculiar como fascinante, siempre ha recibido mayor atención y aprecio la producción de los liberales. Tiene lógica que así sea, pero ello no debería invisibilizar la pugnaz publicística reaccionaria que estableció un poderoso polo dialéctico contra el liberalismo. Su nivel de escritura y argumentación no desmerece de sus rivales, pero, incluso si así no fuera, una dialéctica que determinó la vida española durante dos generaciones solo adquiere pleno sentido si se atiende a ambos bandos: nadie polemiza en el vacío. La apología del viejo orden se desempeñó casi siempre con un nivel de anonimía más alto que el habitual en el

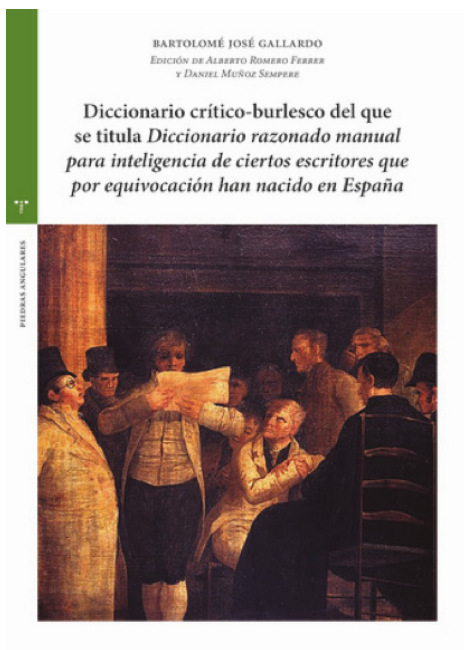


conjunto de la guerra de pluma gaditana, de forma que resulta difícil casar esos folletos y periódicos huérfanos con una lista de autores que procuraron oscurecerse: en lo más relevante sabemos que anduvieron envueltos Justo Pastor Pérez, el marqués de Villapanés, Francisco José Molle, Blas de Ostolaza, Manuel Freire Castrillón, el P. Rafael Vélez, Guillermo Hualde, María Manuela López de Ulloa y otros desde la distancia (el P. Francisco Alvarado el principal), pero es arduo relacionar a ciencia cierta quién escribió qué.

Un buen ejemplo es el *Diccionario razonado*¹, de 1811, que ostenta el título de inaugurar en España el género del diccionario político, de prolífico recorrido durante el XIX y del que hasta entonces solo habían aparecido retazos periodísticos. Fue, pues, una pieza de gran originalidad, que disfrutó de intensa recepción, con reimpressiones, segunda edición ampliada, imitaciones... Seguramente por ello padeció el más asombroso caso de asesinato literario por fagocitación en la historia de nuestras letras. Bartolomé José Gallardo literalmente se lo tragó: como una ostra que encapsula con su nácar la materia agresora, lo envolvió en su *Diccionario crítico-burlesco* y, una vez masticado y deglutido, lo condenó a una existencia vicaria, borrándose el rastro de su inventiva original. Leído siempre a través de la obra que, en estricto rigor, lo imitó para replicarlo, se degradó a escrito secundario la que en realidad era creación primaria (solo en el siglo XX se reeditó, pero acompañando la edición del *Crítico-burlesco* de Alejandro Pérez Vidal). Dicho sin desdoro del genio burlón de Gallardo, la iniciativa de Marieta Cantos Casenave restituye al *Razonado* su autonomía discursiva e histórica, coincidiendo con corta diferencia con la reaparición también del *Crítico-burlesco* en edición de Alberto Romero Ferrer y Daniel Muñoz Sempere.

La edición de Cantos Casenave viene precedida de un completo estudio, «Modos de ordenar un mundo nuevo para hacerlo inteligible» (págs. 7-90), cuya primera parada aborda el problema de la autoría. La primera edición del *Razonado* (70 entradas para 63 voces) vio la luz en junio de 1811 con unas enigmáticas siglas al final: S. C. T., que se han interpretado como una firma, pero no necesariamente lo son (¿acaso una variante de la fórmula *sub correctione*...?). La segunda edición añadió 50 voces, ya solapándose con la lenta y escandalosa

¹ El título suele abreviarse como *Diccionario razonado manual*, con simetría al doble adjetivo del *Diccionario crítico-burlesco*, pero malinterpretando «manual» como adjetivo, cuando es un sustantivo: el *Diccionario razonado* es a la vez un *manual para inteligencia*... En las ediciones siempre consta una coma entre *razonado* y *manual*.



escritura del *Crítico-burlesco*, y ambos contendientes cruzaron alusiones veladas —palos de ciego, quizá— a sus identidades. Con esos mimbres textuales se han barajado distintas hipótesis, una de las cuales atribuye la autoría al activo publicista servil Justo Pastor Pérez; tal teoría se consolidó en un artículo de Germán Ramírez Aledón de 1996, cuyo sustento probatorio descansaba en los informes enviados a Roma por la Nunciatura, testimonio indirecto, usualmente bien informado, que le asignaba inequívocamente ese y otros folletos. Cantos Casenave asume la propuesta y reconstruye el perfil del pamplonés Justo Pastor Pérez Santesteban (*Pastor* es nombre de pila), quien participó en el movimiento juntero de 1808 en Toledo, escribió destacados folletos antiliberales en Cádiz durante 1810 y 1811, polemizó con Joaquín Lorenzo Villanueva, fue redactor de la *Gaceta del Comercio* y del *Procurador General de la Nación y del Rey* y más adelante, en Valencia, del *Lucindo*; en el Madrid de 1814 fue delator y testigo contra los periodistas liberales. Si toda su hipotética producción se corroborase, estaríamos acaso ante el principal escritor reaccionario del Cádiz doceañista. Pero Cantos Casenave, con buen criterio, no rotula su nombre en la cubierta del libro, que sale sin mención de autoría: una conjetura fundada en testimonios indirectos no produce una plena certeza. Tampoco es imposible combinar su responsabilidad, como algunos apuntaron en su día, con una escritura colaborativa en los cenáculos reaccionarios de Cádiz. Otro tanto cabe advertir de Gallardo, quien marca con un asterisco tras el lema ciertas voces que son «de mano ajena, y no lega» (pág. 148). Lo importante es comprender que ambos contendientes operan como portavoces de una acción colectiva, más que como meros agentes libres.

Las disputas para definir, redefinir o contradefinir el vocabulario conceptual, a pesar de arraigarse en las especificidades de una lengua concreta, constituyen un proceso transnacional mimetizado de país en país. El mayor mérito de Cantos Casenave es hacer aflorar la rica textualidad entrecruzada en el *Razonado*, palimpsesto encauzado por el fecundo surco que abrieron las polémicas del enciclopedismo con sus enemigos en Francia e Italia, y la apologética de Nonnotte, Ceballos, Hervás, Voltaire, Chantreau, Buée, Thjulen... De hecho, ofrece una tabla comparativa de las series lexicográficas empleadas por los últimos cuatro citados. La principal conclusión es que, mientras el vocabulario «filosófico» general es bastante análogo, «lo que singulariza la selección de voces del *Diccionario razonado* es la incorporación de palabras procedentes del contexto polémico del Cádiz de las Cortes» (pág. 38). En efecto, si bien se trata de una obra innovadora (en el contexto español) en el uso de la lexicografía satírica, no lo es tanto en sus contenidos, en continuo y enmarañado diálogo con periódicos, folletos y discursos parlamentarios liberales de los meses y semanas inmediatos

a su escritura. Igualmente se destaca el empleo de anécdotas, ejemplos y cuentecillos —territorio en que la editora es especialista—, así como los recursos «deshumanizadores» que operan mediante una pseudohistoria natural satírica, donde las taxonomías animales describen y degradan al enemigo ideológico, levantando una vasta alegoría basada en el «mundo al revés», que denunciaría la verdadera naturaleza disolvente de los ideales de libertad, igualdad y progreso de ilustrados y liberales.

Cantos Casenave, experta en escritores reaccionarios como Frasquita Larrea, María Manuela López de Ulloa o fray Agustín de Castro, inserta su aproximación en este marco y también en el análisis genérico de los diccionarios políticos, sumándose así al renovado interés por ellos de que dan muestra, entre otros trabajos, las ediciones del *Diccionario tragalológico* de José Joaquín de Clararrosa en 2006, a mi cargo, o de la traducción de 1813 del *Nuevo vocabulario filosófico-democrático* de Lorenzo Ignacio Thjulen, por Gonzalo Capellán de Miguel en 2017. Sin embargo, la otra publicación de que doy cuenta, la del *Diccionario* de Gallardo, escoge una orientación distinta y presta escasa atención al molde de la lexicografía paródica. Romero y Muñoz presentan un estudio previo de un centenar de páginas con profusa documentación bibliográfica y centrado en reconstruir la taracea lingüístico-literario-erudita que define el estilo de Gallardo, así como la gran polémica que rodeó al *Diccionario*. La singularidad del autor, ese humor que combina sátira, arqueología idiomática y egocentrismo desbocado, junto a expresionismo goyesco, induce a un acercamiento autosuficiente: los editores aportan más de 650 prolijas notas para desentrañar ese complejo sistema estilístico y ese lenguaje construido a golpe de citas abiertas u ocultas.

Uno de los evidentes talentos del extremeño es poner su sabiduría de los entresijos de la lengua castellana y su literatura al servicio de un combate político en que los absolutistas fungían de españoles rancios y acusaban a los liberales de novadores y galicistas². «Gallardo despliega su erudición con un énfasis claro en ejemplos castizos y actitudes —pero también palabras— que el *Diccionario razonado* y, por extensión, la reacción servil consideraba importaciones del enciclopedismo francés. El humor que subyace en muchas de las definiciones arroja a menudo desafíos al sistema de representaciones de los apologistas serviles, bien mostrando contradicciones [...] o redefiniendo palabras con connotaciones modernas de forma que hundieran sus raíces en la tradición castellana» (pág. 55). En eso, y en casi todo lo demás, es una pieza magistral y malévola, muy susceptible de enrabiatar al enemigo. Pero es también una noble defensa de la razón humana: «no quieren que pensemos, sino que [...] seamos, como antes,

² Así se entiende que un *jacobino* sea para Pérez Santesteban alguien que quiere «quitar a los maragatos sus zaragüelles, a los segovianos sus coletos y a todos los españoles nuestra preciosa olla y el arroz con leche» (págs. 149-150).

pensados por ellos» (pág. 145). Gallardo se niega a conceder al adversario ni un solo palmo de terreno disputado.

En cuanto al formato de diccionario satírico-ensayístico, o burlesco, el *Razonado* ofrece un desempeño más logrado y constante. El *Crítico-burlesco* usa la plantilla del anterior, pero tiende a desbordarla con artículos más largos, ensayísticos y digresivos, llenos de anécdotas, citas literarias o chascarrillos. En realidad, casi todo lo que tiene de «diccionario» es lo que ya estaba en el *Razonado*, y lo más genuino es lo que más lo aleja del molde del que paradójicamente ha quedado como ejemplo señero. Esto no va en demérito de Gallardo, quien exhibe una amplia panoplia de recursos de estilo y dialéctica, cambiando de registro a su antojo. Si Pérez Santesteban habla en grave tono de sermón, Gallardo le replica con la más corrosiva e irreverente de las sátiras; cuando es el *Razonado* el irónico o satírico, el *Crítico-burlesco* acude a la seriedad ensayística. Es como un baile en que nunca emparejan sus pasos, sino que los intercambian. Por ser Gallardo el segundo bailarín, a él le luce mayormente esa búsqueda del punto débil de su rival. Su réplica es demoledora en su propósito de levantar un contundente manifiesto anticlerical, de una causticidad y lenguaje al que la España de 1811 no estaba acostumbrada en el discurso público. Nadie había llegado tan lejos hasta entonces y la libertad de imprenta tuvo que recoser sus costuras casi reventadas en el envite.

Por un instante el extremeño halló un espacio donde sus cualidades brillaran y sus carencias fueran menos evidentes. Es un fogonazo del enorme escritor que pudo ser, pero que nunca fue, por los males de España, pero también por su querencia a la dispersión y su fijación con las menudencias, que acabaron articulando una carrera que, como escribe hablando de uno de los manuscritos poéticos usados en el *Crítico-burlesco*, «se me ha hecho todo fragmentos de puro rodar en mi trágica vida» (pág. 222). En aquel Cádiz de las Cortes, al menos, consiguió un éxito fulminante, basado en el escándalo no menos que en su eficacia dialéctica y su chispeante estilo. Se ancló así en la memoria colectiva sepultando bajo ella la de su adversario. No obstante, tampoco ha de pasarse por alto que desde 1812 cada reedición o relectura del *Crítico-burlesco* lo es también, a su depauperado modo, del *Razonado* y que este jamás hubiera logrado por sí solo tal perduración... aunque no fuese la que Pérez Santesteban buscaba. Así, las dos ediciones que reseña de tres miembros del Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz ofrecen un diálogo especular que solo empasta plenamente con una lectura combinada.

Este diálogo entre enemigos no solo posee valor filológico o arqueológico. Se ha citado con frecuencia la definición de *democracia* que da el diccionarista *razonado*: «especie de guardarropa en donde se amontonan confusamente medias,

polainas, botas y zapatos, calzones y chupas, chalecos y pantalones, con fraques, levitas y chaquetas, casacas, sortúes y uniformes, capas, capotes y ridículos, sombreros redondos y tricornos, manteos y unos monstruos de la naturaleza que se llaman abates» (pág. 124). Aquel guardarropa pretendía alegorizar de forma peyorativa las Cortes de Cádiz. Pero sin saber ya, a estas fatigadas alturas del siglo XXI, si uno es chupa o es levita, sí parece claro que podemos afirmar que la democracia es el gozo y el pavor de amontonarlo todo en una habitación que confunda —esto es, iguale— órdenes y clases, libros buenos y malos, diccionarios *razonados* o *críticos*, Pérez y Gallardos... Confundamos, pues, y estudiemos sin prejuicios los escritos de unos y otros. Pero no por eso hay que dejar de tomar partido, en lo literario y en lo político, pues el justo medio no emana de la neutralidad. Al margen de gustos y preferencias, no cabe olvidar que Pérez Santesteban cobró su recompensa tras triunfar los suyos, aunque hubiera sido literariamente «derrotado» por Gallardo. Cuando callan las plumas, solo los vencedores gozan del derecho de seguir hablando... o de callar: desde 1814 disfrutó de pingües nombramientos y honores en el régimen fernandino. La posteridad no le fue benévola, mas sí sus patronos, que le proporcionaron plácidamente rentas y empleos hasta jubilarse en 1832 (murió poco después). En cuanto a Gallardo, *vae victis!*, «*Fanatismo*. Este es un duende que nadie da con él por más diligencias que se hacen para ello y solo los filósofos lo conocen» (pág. 132), escribe el *Razonado*: bien cierto es que no hay peor ciego que el que no quiere ver³. Repone, pues, Gallardo, y bien lo habría de padecer en sus carnes: *fanatismo* es «una rabia canina que abrasa las entrañas» (pág. 189). El lector decidirá quién tenía mayor razón en la crítica o en la burla.

FERNANDO DURÁN LÓPEZ

³ Gallardo practica su propia ceguera selectiva burlándose de que los francmasones existan: «deben de ser como los diablos de teatro, que travesan en las tablas, entre los interlocutores, sin ser de ellos vistos ni oídos» (pág. 200).